

Aula 5

LA PROSA CASTELLANA DEL SIGLO XIII: ESCUELA DE TRADUCTORES.

META

Proporcionar el contacto académico y profundizar sus conocimientos sobre ese tema, a partir de una selección de textos teóricos y literarios. Además de ponerse en contacto con esta clase también tiene como objetivo promover la lectura y comprensión de textos ya sea literaria o científica rey Alfonso X.

OBJETIVOS

Al final de esta clase el alumno deberá ser capaz de:
Reconocer la importancia de la escuela de traductores en el período de la España medieval;
Comprobar el rendimiento del rey Alfonso X en la literatura y la cultura;
Interpretar obras literarias y científicas del Rey Alfonso X.

PRERREQUISITOS

Con el fin de llevar a cabo una profundización fructífera y asimilación del contenido propuesto es importantísimo que el estudiante a despertar el interés por la lectura y la reflexión de los textos sugeridos en esta clase, así como la investigación en otros autores indican aquí.

Antonielle Menezes Souza
Marcio Carvalho da Silva

INTRODUCCIÓN

La Escuela de Traductores en Toledo es uno de los lugares más importantes de España. Toledo era la capital de los visigodos y también era una ciudad más imprescindible para los musulmanes. En 1085, el Rey Alfonso VI reconquistó la ciudad y empezaba un movimiento cultural. Alfonso era muy tolerante a los musulmanes y judíos, y por eso, las tres religiones podían vivir relativamente en paz en Toledo. Durante el reino del Rey Alfonso X en el siglo XIII, la Escuela empezaba a traducir obras de matemáticas, astrología, alquimia y otras ciencias. Las obras de Azarquiel, Ptolomeo y más eran traducidas al castellano (Escuela de Traductores de Toledo). La Escuela de Traductores recibía mucha atención porque era un centro de aprendizaje. Era el único lugar en Europa donde los judíos, cristianos y musulmanes trabajaban relativamente en paz para ampliar los conocimientos de Europa.

LA HISTORIA DE LA ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO

En 1843, Charles Jourdain volvió a editar las investigaciones de su padre, Amable Jourdain, que habían sido publicadas en 1819, después de la muerte de su autor y con involuntarios errores. El capítulo III (donde aparece la primera mención histórica de la escuela de traductores de Toledo) fue el último que pudo corregir en vida Amable Jourdain y se puede considerar una «versión definitiva». Su hijo tuvo que rectificar, sin embargo, una falsa atribución: el epílogo al comentario de Averroes a la *Ética a Nicómaco* no pertenece a Herman el Alemán, su traductor.

Los hallazgos de Jourdain reaparecen (aunque con intenciones muy diferentes) en *Averroes y el averroísmo* (1852), de Ernest Renan, y en la *Historia de los heterodoxos españoles* (1881), de Marcelino Menéndez Pelayo; autores que sólo tenían en común la extrema juventud (en el momento de escribir esas obras, Renan tenía veintinueve años y Menéndez sólo veinticinco) y que ambos citan literalmente los párrafos de Jourdain que describen el llamado «collège de traducteurs». La obra de Renan, consecuencia indirecta de la crisis moral que produjo en muchos intelectuales franceses la fallida revolución de 1848, es reveladora de una erudición laica y combatiente. Las informaciones de Jourdain, junto con las de Munk, Müller, Steinschneider, Amari, Dozy, Gosche y Gayangos enriquecen las investigaciones directas y amplísimas con las que Renan defiende la consigna «mi religión es el progreso de la razón, es decir, de la ciencia» (Renan, 1949: 8) que amplió en obras sucesivas (*Essais de morale et de critique*, 1859; *L'avenir de la science*, 1890) o en reflexiones autobiográficas (*Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, 1883). Para Renan, el dogmatismo religioso que abomina del pensamiento libre conduce

a las civilizaciones al fanatismo, al embrutecimiento y a la inmoralidad. Los ataques a la heterodoxia de Averroes por los integristas musulmanes o por la escolástica medieval cristiana despliegan densas sombras sobre el XIX francés, al que Renan, convencido de la verdad de la ciencia, quiso ver libre de las supercherías y del envilecimiento de los fanáticos modernos. En el escenario de esa reflexión poderosa, la llamada «escuela de traductores de Toledo» merece una referencia fugaz que repite casi literalmente a Jourdain:

Las primeras obras traducidas del árabe no fueron obras filosóficas. La medicina, las matemáticas, la astronomía, habían tentado la curiosidad de Constantino el Africano, de Gerberto, de Abelardo de Bath, de Platón de Tívoli, antes de que se soñase pedir enseñanzas filosóficas a infieles como Alfarabi y Avicena. El honor de esta tentativa, que había de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde a Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla de 1130 a 1150. Raimundo forma en torno suyo a un colegio de traductores, a la cabeza del cual se halla el arcediano Domingo Gundisalvo o González *Domenicus Gundisalvi*. Varios judíos, entre los que el más conocido es Juan Avendeth, trabajaban bajo sus órdenes. Este primer ensayo versó principalmente sobre Avicena. Gerardo de Cremona y Alfredo Morlay añadieron, algunos años más tarde, diferentes tratados de Alkindi y de Alfarabi. Así, desde la primera mitad del siglo XII, eran conocidas de los latinos las más importantes obras de filosofía árabe (Renan, 1949: 145-146).

Debemos entender que Renan traslada esta noticia interesado sobre todo en resaltar la figura de Raimundo, nombre al que asocia con una libertad de pensamiento que la historia posterior se encargará de reducir y después aniquilar. Raimundo, francés y cluniacense, tiene la función de una *imago* retórica, una figura «ejemplar» que ilumina la escena de la traducción medieval de un modo grato, aunque no rigurosamente —como sabrá la posteridad— verdadero.

Más compleja es la inclusión de la misma referencia de Jourdain en *La historia de los heterodoxos españoles*. Menéndez Pelayo aspira a refundar Hispania, una patria esencial y católica, cuyos orígenes pesquisa entre los turanios, celtas e íberos y expande por el orbe hasta cubrir la Península y América y el siglo XX. Pero el anacronismo de su ideología (tan contundente, que sus contemporáneos, después de temerle, trasladaron a las generaciones siguientes la tarea de olvidarlo) no debería velar la riqueza extraordinaria de su mirada sobre la cultura española. Empeñado en denunciar las heterodoxias que debilitaron la construcción de la imaginada Iberia, termina por revelar que la historia española no es otra cosa que la suma de esas heterodoxias. Y en ese grandioso recuento de diferencias instala a la escuela de traductores de Toledo, a la que llama todavía con las palabras de Jourdain: «colegio de traductores toledanos». Repitiendo a Renan (autoridad que califica de «nada

sospechosa») menciona a Raimundo, el arzobispo de Toledo, como mecenas de las traducciones filosóficas que dividieron la historia filosófica y científica de la edad media. No le atribuye ninguna biografía ni exalta en exceso su papel; se limita a subrayar que era arzobispo, una dignidad de la Iglesia católica, prueba suficiente para él de la falsedad del *fanatismo de la clerecía*.



La escuela de traductores de Toledo. Fuente: Biblioteca virtual da Fundación Ignacio Larramendi

Pero Menéndez Pelayo no se limita a este apunte. Debajo de la pequeña historia de los «traductores toledanos» traza con melancólica energía ese diálogo postrero entre linajes vencedores y los que serán exterminados, vilipendiados u olvidados: los «hispano-árabes», «nuestros judíos», los mozárabes. El «otro que llevaba dentro», como describió Américo Castro, habla desde los oscuros pliegues del texto y masacra con saña a los cluniacenses que «fueron acrecentando día tras día sus rentas y privilegios»; echa chispas contra los protegidos de «don Raimundo de Borgoña» como «Gelmírez, ostentoso, magnífico, amante de grandezas y honores temporales, envuelto en perpetuos litigios, revolvero y cizañero», y termina por abominar de la «ampulosa y vacía retórica que trajeron los compostelanos» (Menéndez Pelayo, 1956: 458, 459). Quedan reseñados así dos Raimundos. Uno, que coincide con el velado retrato de Menéndez Pelayo, se describió modernamente de este modo:

Son pontificat, presque aussi long que celui de son prédécesseur (1125-1252) coïncida avec l'accession au royaume de Castille-León au rang de puissance hégémonique en Espagne avec Alphonse VII, qui s'intitulait «empereur d'Espagne» (1126-1157). Il organisa le chapitre du point de vue juridique et économique. En 1138, il en fixa le nombre à vingt-quatre «grands chanoines» et six «chanoines mineurs». Il leur assigna la moitié de la tierce épiscopale levée sur les dîmes de la ville de Tolède et la moitié des donations funéraires. Il se réserva les deux tiers de rentes les plus grasses,

celles que produisaient les propriétés que la cathédrale avait reçus en donation des rois et des particuliers. Le pouvoir offre de ces compensations (Hernández, 1991: 85).

El otro Raimundo, cuya figura ha ido incrementando la repetición y la posteridad, deriva directamente de la breve mención de Jourdain, que Renan y Menéndez Pelayo utilizaron para construir una *imago* retórica, una mera figura con la que demostrar argumentos diferentes. En el texto de Renan tiene vislumbres de «embajador de la cultura», en el discurso dialógico de Menéndez (ese peregrinar contradictorio entre su ideología reaccionaria y la extraordinaria descripción de la heterodoxia hispánica) Raimundo es tanto «protector de la libertad de pensamiento» como «corruptor de la sincera religiosidad española».

Pese a que resulta evidente que estas figuras textuales no pueden corresponder a ningún personaje real, cierta historiografía sobre las traducciones medievales se ha limitado a repetir un tópico. Los investigadores modernos que han indagado sobre el papel que tuvo el arzobispo Raimundo en esos traslados no dudan en señalar:

En dehors de cette dédicace [en el opúsculo de Qustâ ibn Lûqâ: De differentia spiritus et animae], il n'existe autre preuve que l'archevêque Raymond ait patronné des traductions (Jacquart, 1991: 168).

Coinciden con esta opinión Julio Samsó, José Gil y Francisco Márquez Villanueva (que cita a su vez el testimonio de Ángel González Palencia). Y tanto Samsó (1996: 18) como Jacquart (1991: 181, 182) rescatan del olvido a otros arzobispos posteriores como más veraces promotores de las traducciones medievales: Juan, tan oscuro como Raimundo; Rodrigo Jiménez, que encarga una nueva traducción del Corán (la primera había sido solicitada a Roberto de Ketton por Pedro el Venerable [Samsó, 1996: 18]), y Gonzalo Pedro Gudiel, perteneciente a una familia del patriciado de Toledo, lógicamente bilingüe árabe-castellano, y que fue arzobispo de Toledo después de 1280.

Descartada la posibilidad (a la espera de confirmación) de que el mismo Raimundo que repartía prebendas a los suyos fuera quien hubiera iniciado La historia de la escuela de traductores de Toledo Quaderns. Revista de traducció 4, 1999 11 EUTI 4 005-013 26/7/99 09:57 Pàgina 11 las traducciones toledanas, queda por verificar la existencia misma de la institución. La afirmación de Jourdain no iba más allá de sugerir la existencia de un *college*, un grupo de personas del mismo oficio, lo que modernamente llamaríamos un «colectivo». En 1874, Valentin Rose (Jacquart, 1991: 179) ya había convertido aquella palabra en *Schule*, como después se hizo en castellano. La nueva denominación sugiere otra cosa y además equívoca: no un grupo de profesionales sino una institución educativa y hasta cierto punto reglada. Tal interpretación ha sido sucesivamente desmentida, sin

embargo, permanece la idea de que la Iglesia católica hubiera amparado y albergado estas actividades. Tampoco esto es rigurosamente verdadero, como analiza Márquez Villanueva:

Está fuera de toda duda que en Toledo se estudiaba y no sólo se traducía. [...] Lo curioso es que no quede testimonio directo acerca de cómo ni dónde se impartían los conocimientos que los selectos peregrinos del saber venían a buscar a Toledo, por simultáneo contraste con las masas que venían a buscar la organizadísima experiencia religiosa de Compostela. Toledo no tuvo universidad hasta entrado el siglo XVI (y aun entonces muy secundaria), y el hecho de que, tratándose de tan importante sede primada, no desarrollase siquiera una escuela episcopal ni aun de mínima importancia, no puede calificarse de menos que asombroso. Lo mismo que ha rondado la tentación de pensar en algún tipo de academia como base de la labor traductora, no faltan tampoco expertos que se hayan inclinado a cantar las glorias de la escuela episcopal sin ningún apoyo documental y llevados sólo de la persuasión (lógica pero inexacta) de que su ausencia hubiera sido inconcebible. [...] Es forzoso deducir que [la] enseñanza era puramente privada, y que no había intervención alguna ni del poder civil ni de la Iglesia (Márquez Villanueva, 1996: 30).

¿Y qué debemos entender por enseñanzas privadas? Se alude a formas de transmisión del saber (y a un saber) no necesariamente cristianos. El magisterio lo impartían judíos o mozárabes; las disciplinas que enseñaban correspondían a parcelas de conocimientos diseñadas por el mundo islámico: filosofía, astrología y artes mágicas.

A principios del siglo XIII, casi todos los filósofos árabes y judíos, si exceptuamos a Avempace y a Tofail, conocidos sólo de oídas por los escolásticos, y a Averroes, cuya influencia directa principia más tarde, estaban en lengua latina. Al-kindí, Alfarabi, Avicena, Algazel, Avicebrón y los libros originales de Gundisalvo corrían de mano en mano, traídos de Toledo como joyas preciosas. Una nube preñada de tempestades se cernía sobre los claustros de París (Menéndez Pelayo, 1956: 494).

Y este predominio científico y filosófico de lo oriental se mantuvo durante el reinado de Alfonso X, al que perversamente se llamó «el astrólogo» (antes de «el sabio»), como recuerda Márquez Villanueva, por favorecer los estudios que habían dado fama a Toledo de ser una ciudad donde «podía estudiarse todo lo que un cristiano no debería saber».

No cabe duda de que este monarca creó instituciones que nos permitirían hablar de una «escuela de traductores toledanos», pero lo más

grandioso de las academias alfonsíes, como de todo el período anterior, fue la supervivencia de formas de cultura y de transmisión del saber de esos otros no integrados a la historia hispánica. Porque reducir el gran legado toledano a algunas traducciones heréticas u olvidadas o construir a su alrededor formas y convenciones de producción del saber, es repetir lo que ocurrió en otros territorios europeos *monolingües*, con una edad media menos rica que la nuestra. En esos siglos oscuros, antes de las expulsiones, el exterminio o la integración, judíos, musulmanes, mozárabes conservaban la lengua de cultura del Mediterráneo: el árabe, y vivían todavía sus mejores sabios y poetas: Averroes (1126-1198), Maimónides (1135-1204), Jehudá Alharizí (1170-1230) o Jehudá Haleví (1075?-1140), a quien Menéndez Pelayo proclama uno de los mejores poetas *castellanos*. Y había entre ellos médicos, filósofos, traductores y maestros. Y tenían bibliotecas, códices, colecciones y hasta sofisticados instrumentos científicos. Eran, casi, toda la cultura que había en la Península. Debemos a Amable Jourdain el «descubrimiento» de la escuela de traductores de Toledo; a la posteridad cabe describir qué fue, pero más importante aún, qué extraordinarias formas culturales le permitieron existir. Los textos que siguen no pretenden resolver ese misterio. Son una selección de los primeros y mejores estudios de las traducciones medievales que suelen citar otros autores. El lector encontrará reflexiones más recientes en la bibliografía con la que concluye esta antología.

Fuente: Marietta Gargatagli. *La historia de la escuela de traductores de Toledo*. Quaderns. Revista de traducció 4, 1999.

APROFUNDANDO O TEMA...

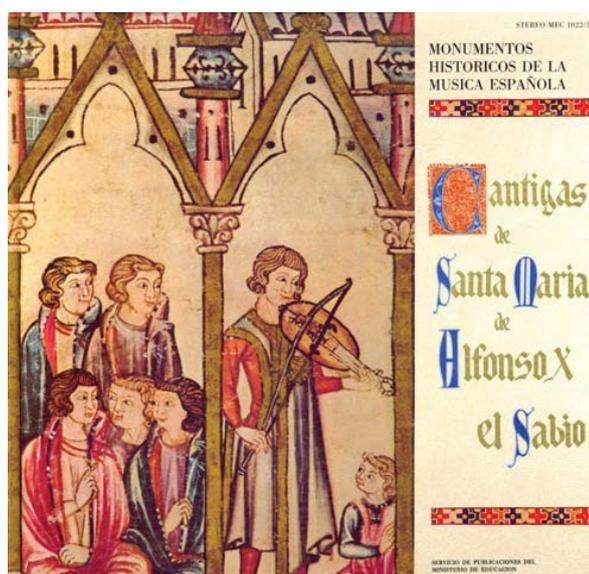
Ahora que sabes un poco más acerca de la importancia de la Escuela de Traductores de Toledo en la cultura y la literatura española, sugerimos asistir el documental *La prosa en la Edad Media. Alfonso X El Sabio*, disponible en AVA.

ACONTRIBUIÇÃO DE ALFONSO O SÁBIO

No resulta nada fácil desde luego emprender con ciertas garantías de éxito el estudio completo de un reinado tan complejo como el del Rey Sabio. Aparentemente podría parecerlo, porque la bibliografía sobre el soberano es literalmente abrumadora, no sólo en lo que se refiere a su obra literaria, o a su papel como jurista y como mecenas y protector de las artes y de las letras del siglo XIII, sino también a su labor como gobernante del reino de Castilla en la segunda mitad de esa centuria. A pesar de la existencia de una tan numerosa literatura histórica sobre el rey y su época, existen todavía numerosas incógnitas por despejar, cuestiones y problemas que se presentan de una forma confusa y hasta contradictoria y que desde luego

Ver glossário no final da Aula

exigen una correcta interpretación; y no sólo en lo que respecta a su obra jurídica y literaria de la que por fortuna sabemos bastante, aunque nunca será suficiente, sino también en lo que se refiere a su gestión de los asuntos públicos, o dicho de otra manera a su actuación como monarca de un reino que acababa de protagonizar un formidable esfuerzo de expansión territorial, al conquistar en muy pocos años todo el valle del Guadalquivir. Hasta hace relativamente poco tiempo, los medievalistas interesados por este reinado sólo contábamos, entre otros libros y artículos más o menos de interés, con la espléndida monografía de don Antonio Ballesteros Beretta que indudablemente marcó época en los estudios alfonsíes.



Cantigas de Santa Maria de Alfonso X. Fonte: < <http://www.librolibro.es>

Por fortuna, en tiempos más recientes otro notable investigador, Manuel González Jiménez, interesado desde hace ya muchos años por el siglo XIII y por el reinado de Alfonso X, nos ha venido ofreciendo trabajos y monografías de extraordinario interés sobre el tema. Me refiero fundamentalmente a varias obras de cierta envergadura: *Sevilla en tiempos de Alfonso X* (1987), en colaboración con Mercedes Borrero e Isabel Montes, el monumental *Diplomatario Andalúz de Alfonso X* (1991), un inmenso esfuerzo de erudición y puesta a punto de toda la documentación andaluza que se ha conservado expedida por la cancillería del monarca, una primera síntesis sobre la figura del rey, *Alfonso X* (1252-1284), publicada en 1993 y reeditada en 1999, y finalmente una espléndida y rigurosa edición de la *Crónica de Alfonso X* (1999), impecablemente editada por la Academia Alfonso X de Murcia. Por si todas estas obras no fuesen suficientes, el profesor González Jiménez, además de ser autor de una larga serie de artículos sobre diversos aspectos de ese reinado, ha traducido al castellano algunos libros y monografías que otros investigadores extranjeros han dedicado a este monarca: la preciosa biografía de J.F. O'Callaghan, *El Rey Sabio. El*

reinado de Alfonso X de Castilla (Sevilla, 1996) y el libro de Evelyn S. Procter, *Alfonso X de Castilla, patrono de las letras y del saber* (Academia Alfonso X de Murcia, 2002). Por todo ello, Manuel González Jiménez se ha convertido en el presente panorama historiográfico español en uno de los mejores investigadores de la época de Alfonso X, y sin duda en el mejor conocedor de ese reinado en el ámbito geográfico e histórico de la Andalucía Bética.

Con todos estos antecedentes, no puede sorprender al medievalista, al erudito o simplemente al lector interesado por temas de la historia de España, la aparición de una nueva obra sobre el monarca. Esta vez de mayor enjundia que la anterior de 1993, puesto que, como veremos, se trata de una espléndida y exhaustiva monografía que actualiza y recoge todo lo que se sabe sobre el rey sabio, que ofrece además mucha más información y documentación inédita que ha ido apareciendo desde la publicación citada, procedente en algunos casos de archivos y en otros de nuevos títulos bibliográficos, y que contiene también un esfuerzo impresionante de investigación tanto en lo que se refiere a planteamientos metodológicos novedosos, como a la rica diversidad de interpretaciones que aparecen en sus páginas, comenzando desde luego por las muy sugerentes y bien fundamentadas opiniones del autor que jamás duda en manifestar y exponer sus ideas, aunque a veces difieran radicalmente de las de otros autorizados especialistas de la época, como por ejemplo Ballesteros, Linehan, etc. Ésta es, en líneas generales, la opinión que me merece este nuevo libro del profesor González, *Alfonso X el Sabio*, que, dentro de una colección denominada Biografías, ha publicado la prestigiosa Editorial Ariel. Su autor, al escribirlo, ha sabido combinar perfectamente ese esfuerzo de síntesis, de divulgación de lo que se sabe, con el planteamiento de nuevos problemas, incluso con el replanteamiento de algunos ya viejos, con nuevas respuestas en algunos casos, y sobre esta base, lo que es mucho de valorar, con la apertura de nuevas líneas de investigación que en un futuro puedan servir para resolver esas cuestiones, y en definitiva para conocer mucho mejor la vida personal del monarca, su obra jurídica y literaria y los problemas de toda índole que presenta su largo y complejo reinado.

Fuente: Manuel González Jiménez, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, Editorial Ariel, Colección Biografías, 2004. 514 pp.

PRACTICANDO EL TEMA...

Después de conocer el Reino y las contribuciones del rey Alfonso X a la cultura española, le sugerimos que lea los siguientes libros, desponíveis en AVA:

Las Cantigas de *Santa María*, conjunto de canciones líricas, escritas en galego-portugués y dedicadas a la Virgen María, de la que era un fervoroso fiel el Rey Alfonso;

Las *Tablas alfonsíes*, unas tablas astronómicas creadas en 1252, primer año de su reinado, para calcular la posición del Sol, la Luna y los planetas de acuerdo con el sistema de Ptolomeo;

Las *Siete Partidas*, obra jurídica que alimentou el cuerpo de leyes en el que se basó gran parte del derecho castellano hasta prácticamente la Edad Moderna.



ACTIVIDAD

Reflexiona a respecto de todo lo estudiado. ¿Reconoce la importancia de la escuela de traductores en el período de la España medieval para toda la literatura española? Escribe su respuesta y envía para el AVA.

Escribe un texto y envía para el AVA argumentando a respecto del rendimiento del rey Alfonso X en la literatura y la cultura española y mundial.

CONCLUSIÓN

Después de la lectura de textos literarios y teóricos, vimos algunos vídeos para compendermos la importancia de la Escuela de Traductores de Toledo en la cultura medieval, y se diferencian la importancia del rey Alfonso X como difusor cultural. Sin embargo, merece resalte esta lección los temas sugeridos, si el teórico, así como literaria como el contenido propuesto es un requisito previo para la comprensión de otros contenidos en los a clase 6: *La poesía a lo largo del siglo XIV y las transformaciones del siglo XV*.



RESUMEN

En esta clase hemos realizado un estudio sobre la importancia de la Escuela de Traductores de Toledo para la difusión de la literatura y la cultura en la Edad Media, no sólo en España sino también en Europa, así como el reconocimiento del papel del rey Alfonso X como difusor cultural. El profundamos conocimiento de la lengua, la literatura y la cultura española assisitindo el documental sugerido alrededor de dicho rey y el análisis de sus obras literarias.



AUTO-EVALUACIÓN

Al final de esta clase: ¿Es posible reconocer la importancia de la escuela de traductores en el período de la España medieval e interpretar obras literarias y científicas del Rey Alfonso X? Escribe un texto con 7 líneas y envía para el AVA.



PRÓXIMA CLASE

La prosa castellana del siglo XIII: Escuela de traductores.

REFERENCIAS

- Marietta Gargatagli. **La historia de la escuela de traductores de Toledo**. Quaderns. Revista de traducció 4, 1999
- Manuel **González Jiménez**, **Alfonso X el Sabio**, Barcelona, Editorial Ariel, Colección Biografías, 2004. 514 pp.
- Sitios web
- Cantigas de Santa Maria. Disponible: < http://www.dominiopublico.gov.br/pesquisa/PesquisaObraForm.do?select_action=&co_autor=1933>.

GLOSSÁRIO

Rey Sabio : Alfonso X es una de las figuras más importantes de la Historia de España. Nacido en Toledo en 1221, hijo de Fernando III, y Beatriz de Suabia, reinó Castilla y León desde 1252 hasta 1284. El Rey Sabio, como decía, fue el gran impulsor de las lenguas romances, llevando al castellano y al galego-portugués a su mayor esplendor. Por un lado, promovió el castellano drecho como lengua vehicular de la Corte e impulsó su uso para la redacción de sus obras científicas, jurídicas e historiográficas. Y por otro lado, adoptó para sus creaciones líricas el galego-portugués, lengua que conocía desde muy joven.